

insospechados como aquel de 1943 de Virginia Paxton titulado *Penthouse in Bogota*. Hay algo infantil y grato en este ex-presidente de la Academia Colombiana de Historia: el de ver nuestra independencia como una cabalgata heroica, una gesta que debemos saber narrar a los niños para que ellos tengan con quién identificarse y se compenetren con una tierra que es su patria.

Si el destino, en sentido moderno, parece ser la política y la historia universal, la historia americana, reflejada en esta colección de infinita diversidad como también de profunda unidad, semeja un calidoscopio donde el rigor investigativo no se seca en la especialización sino se amplía dentro de una capacidad de comparar, que un lector y reseñista de Arciniegas como Luis Eduardo Nieto Arteta manifestó en el subtítulo de su principal libro: *Economía y cultura en la historia de Colombia: homologías colombo-argentinas* (Bogotá, Librería Siglo XX, 1942). Arciniegas ya había ampliado esas homologías a todo el continente.

La visión global de Arciniegas abarca así cinco siglos y se colorea con detalles pintorescos y biografías sorprendentes, de Lope de Aguirre a Solano López. La historia americana tiene además del rigor de las cifras un hábito de desmesura, magia y poesía, que esta colección también cobija, enseñándonos en qué forma somos partícipes de un destino común. Por ello bien vale la pena fijarse con más detalles en la propia figura que regaló estos volúmenes y ahora los preside, desde su busto en la entrada del edificio de la Biblioteca Nacional, con la sabia sonrisa de quien batalló, como el que más, pero ante todo participó, estimuló, comprendió.

Aquellos para quienes será útil este legado no debemos dejar de reconocer como en alguna forma el resulta parte del saldo positivo de este siglo que concluye. Un siglo que para nuestro propósito inmediato bien podemos llamar el siglo de Arciniegas. Este siglo que es el suyo, pues lo vivió de principio a fin, terminó por darle la razón: valía la pena escribir.

Lo hizo todos los días, con encanto y constancia, y hoy mismo para entender el Caribe no hay nada mejor que su *Biografía*. Ese mar que este bogotano nacido el 6 de diciembre de 1900 descubrió, incrementando los colores de nuestro arco iris.

Ha sido tozudo en sus empresas y como buen poeta ha explorado una y otra vez las mismas imágenes recurrentes, las que ya hemos visto al efectuar el recuento de sus temas: Colón, Vespucci, la conquista española y todos los pueblos europeos que sentaron sus reales en América, empezando por Nicolás de Federman y los alemanes en Venezuela. Luego el turbión de la Independencia, la rebeldía del estudiante y la más atrayente galería de mujeres, de Manuelita Sáenz a Madame Lynch, en el Paraguay.

Feminista antes del feminismo, fue también el precursor concreto de un americanismo efectivo. Aquel que luchaba desde la censura y el exilio por la libertad de expresión como el mejor antídoto contra las dictaduras. La media docena de revistas que dirigió y en algunos casos financió –*Universidad, Revista de las Indias, Revista de América, Cuadernos, Correo de los Andes*– comprueban la generosa sencillez de su diálogo con todo el mundo.

Además de los antes mencionados, es conveniente recordar cómo en el ámbito literario o filosófico sus correspondientes se llamaban Victoria Ocampo, Francisco Romero, Carlos Pellicer, José Bianco, Juan Ramón Jiménez o Ramón Gómez de la Serna, cuyos libros y cartas también forman parte de este conjunto. Con todos ellos y más diálogo en su camino, como lo hizo con los españoles del exilio republicano o con Stefan Zweig, su lector entusiasta, tal como lo corrobora la traducción al francés de su libro sobre Jiménez de Quesada donde se incluye un apéndice con este epistolario. (Ver Germán Arciniegas: *Le Chevalier d'El Dorado*, traducido por Georges Lomné. Montpellier, Editions Espaces 34, 1995).

Anduvo por Italia, Francia, Japón, Rumania, Estados Unidos, África y la América íntegra, de Brasil a Haití, y de cada lugar dejó testimonio. Como de sus encuentros con Platón, Rafael, Hegel, Salvador Dalí y por lo menos cinco Papas, todo ello referido siempre a su obsesión americana. Por ello, hasta los 99 años nos brindó el prodigio de una mente fértil que dilata nuestro marco de referencias y nos permite sentirnos con por lo menos un siglo de peso humano sobre nuestros hombros.

Ya no somos pueblos tan ligeros, de memoria volátil, sobre una tierra arrasada. Adquirimos identidad para hablar de *tú* a *tú* con Europa. De allí vino tanto como lo que fue de aquí. Así la aparente levedad con que este testigo único enhebra cada una de sus páginas ha terminado por conferir plasticidad universal a una cultura popular, democrática, individualista, mestiza. La cultura de ese continente de los siete colores como lo bautizó con acierto, en una de esas grandes síntesis panorámicas que tanto sirvieron para conocernos aquí mismo y fuera.

Todos los honores le han sido concedidos pero falta el reconocimiento clave: su lectura a fondo. Algo que sólo ahora es posible integrando los libros que leyó con aquellos que escribió. Esa lectura que su auténtica modestia nunca reclama pero sin la cual seguiremos siendo tan pobres y estrechos como lo éramos cuando él nació y comenzó a revelarnos el mundo. En su prosa preservó un cierto encanto costumbrista pero abrió ventanas en todos los sentidos. Sólo que una página sobre Arciniegas nunca debe ser trascendente aun cuando él lo sea. Diría con sus propias palabras: «Nací el 6 de diciembre de 1900 y sigo tan campante».

Ciego y sordo no por ello dejó de ser festivamente hospitalario. Recibió en su casa, respondió las cartas y supo que el tiempo compartido le sería retribuido con creces. Por ello sus libros se iluminan con pinceladas concretas, a pesar de que su ámbito abarque mucho más de 500 años. Traducidos al francés, por ejemplo, se publicaron su biografía de Jiménez de Quesada, como ya vimos, y la de Simonetta Vespucci, en el interminable ir y venir de un coloquio nunca excluyente entre Europa y América, otro de sus signos claves.

Los historiadores profesionales tiemblan con sus tesis y repudian la humanización afectuosa con que trata esas figuras consagradas. Pero él, en cambio, ha palpado la respuesta agradecida de miles de lectores, en varias lenguas, que se sienten partícipes de esas vidas recreadas con gracia. La picardía de su alma es perceptible en cuanto hace y si bien se define como «un pedazo de Colombia que sigue andando» es, en el fondo, un liberal de los de antes y un americano como ya no se hacen.

Esa preocupación americana que resulta tan explícita en un aspecto de su tarea poco resaltado, como es el de editor. Tal el caso de «Ediciones Colombia», que empezó labores en enero de 1925 y publicó unos 30 títulos:

1. Poemas de Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini, Alfonsina Storni.
2. Cuentos de autores colombianos.
3. Poemas de Guillermo Valencia, Víctor M. Londoño, Cornelio Hispano y Max Grillo, prólogo de Rafael Maya.
4. *Glosario sencillo*, de Armando Solano.
5. *Conversando*, de Laureano García Ortiz.
6. Cuadros de costumbres santafereñas.
7. Los poetas de América: Julio Herrera y Reissig, Leopoldo Lugones, Enrique González Martínez.
8. *El Zarco*, de Tomás Carrasquilla.
9. *Nubes de ocaso*, de Alejandro Mesa Nicholls.
10. *Pasando el rato*, de Tomás Rueda Vargas.
11. *El tonel de Diógenes*, de Enrique Restrepo.
12. *El libro de veraneo* (cuadros de costumbres).
13. *Rogelio*, de Tomás Carrasquilla.
14. *En las tierras de oro*, de Roberto Botero Saldarriaga.
15. *Literatura colombiana*, de Antonio Gómez Restrepo.
16. *Las conversaciones* de Papá Ricot.
17. *Hombres de fuera*, de Luis Eduardo Nieto Caballero.
18. *Historia natural de los fantasmas. Crónicas y supersticiones de Santa Fe de Bogotá.*

19. *La novela de los tres y varios cuentos*, de José Restrepo Jaramillo.
20. *Bogotá*, por Antonio Gómez Restrepo.
21. *Cuentos escogidos*, de Ecco Neli.
22. *Indagaciones e imágenes*, de Baldomero Sanín Cano.
23. *Prosas*, de José Asunción Silva.
24. *Oraciones Fúnebres*, dos tomos, de monseñor Rafael María Carrasquilla.
25. *El Carnero de Bogotá*, de Juan Rodríguez Freyle.

La colección prosiguió luego con libros de Guillermo Valencia, Rafael Maya y uno de Carlos García Prada: *La personalidad histórica de Colombia* (1926), un título de Jaime Jaramillo Uribe repetiría en 1977: *La personalidad histórica de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

Otra empresa editorial, ya en un plano más amplio, en la cual Arciniegas ocupó papel protagónico fue en la célebre serie de los Clásicos Jackson que a partir de 1948 en Buenos Aires con un comité selectivo integrado por Alfonso Reyes, Francisco Romero, Federico de Onís, Ricardo Baeza y Germán Arciniegas preparó una colección impar de obras selectas. En ella Arciniegas editó los volúmenes dedicados a los historiadores de Indias (Colón, Fernández de Oviedo, Las Casas, Aguado, Pedro Simón, Bernal Díaz, Garcilaso Inca, Solís), y el dedicado a Quevedo (*Poesías, La hora de todos y la fortuna con seso, Política de Dios y gobierno de Cristo, Marco Bruto, Sueños y Discursos*).

En esta serie donde Borges tradujo a Carlyle y Emerson y prologó a Dante, donde Jorge Zalamea lo hizo con Rousseau y Adolfo Bioy Casares con los ensayistas ingleses, se comprueba el propósito de Arciniegas de ir más allá de la provincia colombiana y trabajar en una auténtica perspectiva americana y universal. Algo, por cierto, que corrobora rotundamente este legado.

* * *

Arrellanado en el sillón de su sala, de espaldas al jardín y con una ruana sobre los hombros, sus inmensas manos de mecánico de la palabra reestablecían el contacto con la vida. Fuertes y cálidas, comunicaban su decisión inquebrantable de proseguir hasta el año 2000 y mucho más, si fuera posible. La curiosidad de su mente se había vuelto la simpatía de su espíritu y mientras su esposa, Gabriela, a quien estuvieron dedicados todos sus libros, y todos sus amigos caen cercenados por esa «Señora muerte» que